—No es nada, no es nada —repite como sin reparar en el sentido de sus palabras.

Esta vez el tío pide un té negro a mamá y mientras ella va a la cocina él se sienta en el sofá de la sala, mirando impaciente las flores del tapiz de la pared, como si aguardara algo. Se queda quieto un instante, reteniendo el aire en sus pulmones, luego, como si acabara de poner un huevo, extrae del interior de su sotana un rollo de billetes enorme y lo coloca sobre la mesa. Yo nunca había visto uno de ese tamaño y grito de admiración.

Esto es para su mamá. Guárdenlo bien. No se lo entreguen sino hasta que me vaya.

Como soy el mayor asumo la misión. Recojo con seriedad el rollo, que no me cabe entre las manos y lo envuelvo en papel periódico como he visto que hace el carnicero: un filete que nos dará para comer durante muchas semanas.

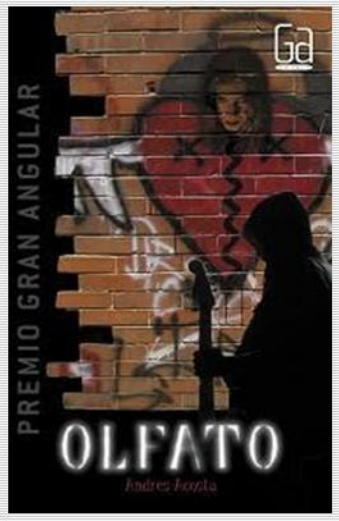
Escucho el timbre de la puerta, el sobresalto de mi tío a su vez nos intimida a mis hermanos y a mí; sin reflexionar guardo el paquete bajo el sillón. Mamá acude a ver quién es. El par de agentes le enseña un papel.

Al fin lo consiguieron —murmura mi tío.

Antes de que se lo lleven los agentes, sujetándolo por los brazos, se vuelve, sonriendo por primera vez en mucho tiempo, para decirnos:

Se los advierto de una vez, nunca crean que si se les cumple su mayor deseo van a ser felices.

Un grupo de encapuchados llaman a la puerta de un hombre. Es medianoche y el dueño de la casa prefiere no abrir. Desesperados, los encapuchados rompen la puerta y obligan al hombre a sentarse y escribir todo lo que sabe sobre el Doctor Simulacro. Y la historia apenas comienza.



El protagonista es Fulvio, a punto de celebrar sus diecisiete años en Europa gracias a la bonhomía de su padre, que cumple funciones diplomáticas en Alemania. La madre es una académica y el chico ha crecido en un rico ambiente cultural y goza de una libertad envidiable. Ama la música. Perece por el Metal. Sabe de Wagner y el tritono?la nota del diablo- pero su pasión es el Metal escandinavo (¡qué!, ¿acaso hay otro?)